

Que la propaganda es un fenómeno de singular relieve que desempeña un papel trascendental en el mundo contemporáneo es algo evidente, sobre todo a partir de la última guerra. Recientemente, el escritor J. Roth ha intentado mostrar el papel satánico desempeñado por la Radio en la Historia más reciente. Y Gabriel Marcel, en su libro de título sintomático *Los hombres contra lo humano*, plantea la siguiente pregunta: "¿Cómo se puede comprender que la Radio contribuya tan visiblemente al rebajamiento general del estiaje espiritual humano? Me veo llevado a preguntarme si el hombre no usurpa con ello, en el nivel casi siempre inferior que es el de su ambición personal, una prerrogativa que se manifiesta con una analogía caricaturesca de la omnipotencia divina. Un Hitler o un Mussolini hablando ante el micrófono podían verdaderamente parecer investidos del privilegio divino de la ubicuidad" (pág. 46). Ortega y Gasset, en 1937, escribía: "La masa arrolla todo lo diferente, egregio, individual, calificado y selecto. Quien no sea como todo el mundo, quien no piense como todo el mundo, corre riesgo de ser eliminado" (*Obras Completas*, t. IV, pág. 148). En estos escritos la masa y la propaganda aparecen íntimamente vinculadas. El fin de este coloquio es centrar este espinoso tema en sus líneas esenciales con vistas a dejar en claro las lecciones que pueden sacar de todo ello quienes se dedican a crear formas humanas de habitación: los arquitectos.

La exposición del tema partió de los siguientes puntos: Desde hace más de un cuarto de siglo se viene llamando la atención del mundo culto sobre el hecho de que la creciente marea de masificación amenaza anegar la civilización occidental. Las masas parecen invadirlo todo, y, como observaba Ortega, *sobra la gente en todas partes*. Pero se da el caso que a los pocos años de haber sido lanzada la voz de alerta acerca de la llamada rebelión de las masas se practicó en masa el exterminio mediante la movilización de las técnicas de envilecimiento y de represión más inhumanas que registra la Historia. ¿Hay alguna relación entre ambos fenómenos? Desde 1937, en que se publicó *La rebelión de las masas*, hasta hoy han pasado en el suelo de Europa sucesos lo suficientemente graves para que el planteamiento haya de ser sensiblemente distinto. No se trata ya de describir brillante-

mente el fenómeno de la masificación, de la ascensión del pueblo a los niveles culturales, de la pérdida de los valores individuales, etc. Hay que observar las causas profundas.

A la vuelta de diversas consideraciones acerca del concepto de masa, subrayé que los fenómenos de masa sobrevienen cuando las personas se convierten en meros individuos, por falta de vida auténticamente espiritual. No es cuestión de número ni de carga de civilización, sino de vida espiritual, en su más amplio sentido, que consiste en vivir distendidos en un ámbito de amor, de verdad y de belleza. Cuanto lleve al hombre a enquistarse egoístamente en su yo acelera el proceso de masificación, que es un modo de enfermedad degenerativa muy difícil de curar cuando está en marcha. Pues en la vida humana cuando se desencadena un proceso se establece una especie de campo de fuerzas que hace casi imposible volver al punto de partida, debido a la interacción mutua de los fenómenos espirituales.

Aquí desempeña la propaganda un papel decisivo. Sin perdernos en detalles, más o menos pintorescos, debemos preguntarnos si el fenómeno de la propaganda colabora a fomentar en el hombre las dos cualidades que caracterizan a todo espíritu sano: la veracidad y la confianza, es decir, la fidelidad a la autenticidad propia y el respeto a la autenticidad de los demás. El espíritu del hombre no florece sino en un clima de mutuo respeto, que sólo es posible cuando se vive al servicio de algo sagrado que afectando a cada uno en lo más íntimo de su ser los desborda a todos: la Verdad.

La propaganda, de hecho, se muestra violenta y unilateral, pues no sólo intenta convencer al público, sino vencerlo, es decir, vencer su resistencia a comprar, y, lo que es más grave, violentar su libre albedrío en el momento de la elección. La propaganda se hace pasar por un servicio al destinatario de los productos, pero a menudo está inspirada en exclusiva por los intereses del productor. En el fondo estamos ante un fraude de graves consecuencias. Pues falta el hombre de auténtica personalidad—por no servir a la verdad en una actitud de servicio a los demás—y de confianza en sus conciudadanos, la vida social pierde esa íntima conexión dinámica que la convierte en comunidad orgánica. El pueblo se torna masa, reunión amorfa de individuos aislados.

Entonces surge el fenómeno de la soledad, que está a la base de todas las formas de angustia y *tedium vitae* que llenan las páginas de la literatura actual. La angustia es el fruto inmediato del vacío que sigue a la pérdida de la personalidad.

Hoy debemos preguntarnos si la propaganda sirve al pueblo o más bien lo domina. Nuestro mayor interés debe consistir en despertar en nosotros mismos y en los demás el sexto sentido de lo profundo, lo que exige, por misterioso y escondido, infinita reverencia. Lo que constituye al pueblo en un todo orgánico es el respeto de los hombres a sí mismos, no lesionando la verdad de la que vive su espíritu, y el respeto a los demás. Respetar es hacer el máximo obsequio a la personalidad de los otros, y una invitación a los mismos a tomar en serio esa inmensa tarea que es la propia libertad. Para ello hay que evitar, en todos los frentes, el *Individualismo egocéntrico*, que agota el espíritu y vacía a la sociedad de cuanto le da consistencia y peso. Si vive el hombre como persona, abierto a los demás en un impulso de servicio a la verdad común e inamovible, se evita la desgracia del colectivismo, que es un fenómeno correlativo al individualismo.

La propaganda, por el contrario, servirá al progreso del pueblo sin envilecerlo, si responde a una forma de *libertad humana integral*: libertad para la verdad, para la autenticidad de una vida en servicio a la verdad.

Yo pienso que aquí se abre un extenso y nada banal capítulo a la labor de los arquitectos. Se debe construir para el hombre, o mejor, para la comunidad humana, cuya célula es la familia. El hogar debe tener personalidad, y a dársela tiende eficientemente la Arquitectura. Pero ¿qué ámbitos se construyen en nuestras ciudades para el pueblo como tal, para los hombres en comunidad? Las calles son para los hombres en circulación. Pero lo importante no son los hombres que pasan, sino los hombres que están. La vida es estar en un sitio. El pasar es tránsito para el estar. La falta de lo que en artículo reciente llamaba Juan Gómez de la Huelga espacios habitables hace a nuestras ciudades sencillamente inhumanas. Habrá que proyectar a escala verdaderamente humana, no a impulsos de meros intereses económicos o urbanísticos.